

Romero, Guillermo Alberto

*Acerca de algunos aspectos del conocimiento y
la realidad del alma humana*

XL Semana Tomista – Congreso Internacional, 2015
Sociedad Tomista Argentina
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Romero, Guillermo A. “Acerca de algunos aspectos del conocimiento y la realidad del alma humana” [en línea]. Semana Tomista : Persona y Diálogo Interdisciplinar, XL, 7-11 septiembre 2015. Sociedad Tomista Argentina; Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/aspectos-conocimiento-realidad-alma.pdf> [Fecha de consulta:]

ACERCA DE ALGUNOS ASPECTOS DEL CONOCIMIENTO Y LA REALIDAD DEL ALMA HUMANA

RESUMEN

El presente trabajo muestra un primer aspecto de la naturaleza del hombre y su acto más específico que es el conocimiento racional, según la doctrina de Santo Tomás de Aquino, en donde la consideración del alma humana, sus potencias y actos muestran con claridad la estructura y calidad del pensamiento. Se trata luego un segundo aspecto del alma humana como subsistente e incorruptible, lo que junto con el análisis profundo de su actividad intelectual pone de manifiesto la vida espiritual del compuesto humano. El propósito de esto es aportar un entorno de orden especulativo al desarrollo de las neurociencias, que alcanzaron puntos muy altos en el siglo XX y lo que va del XXI.

Asistimos en los últimos años a un notable crecimiento de la investigación de los procesos cognitivos por la Neurología y las llamadas Neurociencias, que han desarrollado estas disciplinas con frutos ciertamente muy interesantes.

Es mi propósito en este trabajo recordar aspectos de la realidad de la mente para Santo Tomás de Aquino, y compararlos con lo que por esto entienden algunos neurólogos de nuestro tiempo.

El propósito de conocer nuestra mente, en el concepto de un neurólogo hoy y en un trabajo del Angélico Doctor, no es el mismo. Para el primero se trata de estudiar el sistema nervioso central, más propiamente el cerebro, en sus relaciones con el conocimiento, en cambio, lo decisivo para Santo Tomás es la realidad del alma intelectual como principio del conocer del hombre¹.

De modo que voy a *recordar* la doctrina del maestro medieval, para ver hasta dónde son enriquecedores los aportes que hasta hoy y de ahora en más nos va a dar la investigación de las neurociencias, sin alterar conceptos básicos de la antropología filosófica Y desde allí poder establecer un fecundo diálogo, pues no es otro el propósito que nos anima.

1. El hombre desde la Antropología Filosófica

El hombre es un animal racional, es decir está compuesto de cuerpo y alma, siendo el cuerpo físico-orgánico su materia y el alma su forma substancial. Es decir el cuerpo está animado por lo cual tiene vida, siente y conoce, no es para Santo Tomás la unión de dos sustancias

¹ Sto. Tomás de Aquino, *Cuestiones disputadas sobre el alma*, EUNSA, Pamplona, 1999.

completas como en Descartes, sino que cuerpo y alma forman juntos una substancia completa a modo de materia y forma.

El alma racional es una realidad concreta y subsistente es decir es una forma *serhabiente* (*habens esse*) que subsiste por su propio acto de ser (*esse*), esto significa que el acto de ser del hombre es el ser del alma o forma que lo comunica al cuerpo, y juntos constituyen al hombre viviente y concreto.

El alma es el principio vital del cuerpo físico orgánico, y el cuerpo está en potencia para la vida hasta que la recibe, pues es su acto primero y por lo mismo su primera perfección. Además de darle la vida al cuerpo, ejerce sobre el mismo una triple causalidad esto es como forma, primer principio motor y fin. Es una forma que excede la capacidad del cuerpo, pues tiene operaciones que realiza sin órgano corporal como es el conocimiento intelectual, pero necesita para el mismo la actividad de los sentidos.

Por esto su unión con el cuerpo es para su propia perfección, y la especie humana está presente en la unión substancial de cuerpo y alma racional y no en el alma separada, pues ésta es substancia incompleta.

Hay también una doble composición del alma con el cuerpo (a modo de materia y forma) y de la esencia así constituida con su *esse* o acto de ser (a modo de potencia y acto). Éste es del alma y se lo comunica al cuerpo a través de, y en su unión. Es decir que no constituyen dos entes preexistentes al compuesto, sino que juntos es la sustancia completa y por eso el compuesto es. Y juntos comienzan a ser, pues éste es el que les da el ser actual y la unidad².

Pero vamos a explicar cómo es la íntima compenetración del cuerpo y el alma. Desde el comienzo de la vida del ser humano se produce un movimiento de desarrollo progresivo en donde la causalidad del alma sobre el cuerpo tiene un papel preponderante, no sólo en los actos corrientes de la vida, sino en la misma formación del cuerpo.

Esta triple causalidad del alma respecto del cuerpo que anima tendrá un papel progresivo en el ulterior desarrollo, como causa inmediata del mismo. “Pues no sólo la sucesión local se da en ella, sino todas las obras de la vida, desde las más ínfimas a las más elevadas; todas hunden sus raíces en el alma y de ella reciben impulso y dirección para su desarrollo”³.

² Sto. Tomás de Aquino, S.C.G., *Libro II "El alma empieza con el cuerpo"* Cap. 71.

³ Fabro Cornelio, *Introducción al problema del hombre*, Ed. Rialp, Madrid, 1982, p. 152.

O como dice Etienne Gilson admirablemente: "La misma materia ya no está aquí aspirando ciegamente a la forma, es también una ayuda. Embebida efectivamente en el ser, el alma se está dando a sí misma el cuerpo que necesita; lo construye progresivamente por medio de operaciones fisiológicas, que preparan el camino para las operaciones intelectuales. De ahí finalmente la infinita variedad de almas humanas, en la misma medida y en el mismo modo, pero todas diferentes, como si cada una de ellas fuera menos la copia estereotipada de su especie común, que un monotipo dotado de singular originalidad. No hay dos hombres que sean idénticos"⁴. Y esto lo hace el ser como acto de la forma y la causalidad recíprocas de la materia y la forma.

Recapitulando, el alma como forma del cuerpo está toda en todo el cuerpo. Como motor está moviendo a cada una de las facultades del alma, tanto las vegetativas, como por ejemplo el metabolismo o el funcionamiento del corazón; las sensitivas, como el funcionamiento del ojo o del oído como órganos y, también, el psiquismo superior y el intelecto. Y es fin en tanto que todo el cuerpo es para el alma.

1. a. Conocimiento del hombre

Conocemos y ejercemos la vida sensitiva e intelectual porque nada hay en la mente que no haya estado en los sentidos, por eso es importante ver cuáles son las características del conocimiento sensible y cuál es su origen, para después considerar lo propiamente intelectual.

Las facultades sensitivas se caracterizan por ser a) orgánicas, b) intencionales y c) pasivas.

Decimos que son orgánicas porque están localizadas, o al menos son localizables, como radicando en órganos aunque no hayamos llegado a un grado de desarrollo de la psicofisiología de los sentidos que nos permita determinar con precisión cuál es el órgano de tal o cual facultad.

Si bien las investigaciones sobre la localización fisiológica de los sentidos y los afectos que de ellos se derivan son prácticamente del siglo XX, ya desde antiguo hay intentos y discusiones sobre este tema⁵.

Santo Tomás conoce la teoría aristotélica (Aristóteles, *De anima* II 423b-126; 10,422b 19-23). Santo Tomás conoce la teoría aristotélica de la centralidad estructural y dinámica del

⁴ Etienne Gilson, *El Ser y los Filósofos*, , Ed. Eunsá, Pamplona, p. 276

⁵ Blanco Guillermo P., *Curso de Antropología Filosófica*, EDUCA, Bs. As., 2002, p. 252.

corazón, pero no la comparte, y comenta que el corazón es el principio del movimiento, mientras que el cerebro es el lugar en el que principalmente se manifiestan las operaciones sensitivas.

En otro lugar Santo Tomás dice “Hay en el cerebro tres condiciones con respecto a cada uno de los demás miembros. La *primera* es que excede en dignidad por tres aspectos: por estar colocado en lo alto, por la nobleza de sus virtualidades (porque las potencias más nobles, como la imaginación, la memoria y otras, tienen su sitio en el cerebro), y también por la perfección, porque en el cerebro se congregan todos los sentidos, mientras que en los otros miembros sólo está presente el tacto. La *segunda* es que por la cabeza existen todas las potencias animales en los demás miembros; y así se dice que es el principio de los demás miembros, a los cuales da sentido y movimiento. La *tercera* es que dirige todos los miembros en sus actos, debido a la imaginación y a los sentidos, los cuales están formalmente presentes en el cerebro”⁶.

En otro lugar también dice: “El cerebro se refiere a los demás miembros de dos maneras, a saber, por la distinción y por la conformidad. Por la *distinción* ciertamente, en cuanto a dignidad, porque la cabeza posee plenamente todos los sentidos, aunque no los demás miembros. En segundo lugar, por *gobernación*, porque el cerebro gobierna a los demás miembros en sus actos y los regula tanto por los sentidos exteriores como por los interiores, porque tienen su sede en la cabeza. En tercer lugar, por *causalidad*: pues el cerebro ejerce en todos los miembros el sentido y el movimiento; y por eso dicen los médicos que en el cerebro se originan los nervios y todo lo que pertenece a las fuerzas animales de aprehensión y de conocimiento”⁷.

Son intencionales, es decir son potencias de actos cognoscitivos y la recepción del objeto sensible por el órgano del sentido es inmaterial.

Y se dicen que son pasivas porque no pueden actuar si previamente no son determinadas por los objetos sensibles. Es decir, para que yo pueda oír, primeramente tiene que penetrar el sonido en mi órgano sensorial, por eso subrayamos que el aspecto primero corresponde al mundo de los objetos.

Nosotros, los organismos animales y humanos, vivimos en un mundo de cualidades: colores, sonidos, olores, humedades, durezas, que de algún modo nos modifican. Estas cualidades reales del universo se llaman en lógica “cualidades de tercera especie” o “cualidades alterantes”,

⁶ *In III Sent.*, d13 q2 a1

⁷ *De Ver.*, q29 a4.

cualquiera de estas cualidades en tanto que son realidades físicas, cuando tocan mi organismo me alteran.

Porque tienen capacidad de alterarnos sensiblemente se llaman cualidades sensibles y se dividen en: a) sensibles per se, que puede ser propio o común, y b) per accidens. Para verlo mejor, el sensible per se propio, es el objeto propio de cada sentido: lo dulce para el gusto, el color para la vista, el sonido para el oído, etc. El sensible común es la cualidad sensible que puede ser percibida por dos o más sentidos, el cual es percibido por una facultad situada en el cerebro que percibe al mismo tiempo lo que es común a dos o más sentidos, generalmente, la vista, el tacto y el oído. En esa facultad que percibe el sensible común y se llama *sentido común*, se realiza la primera síntesis intencional sensible en el acto del conocimiento. Acá es donde vemos que se perciben cualidades sensoriales y la cantidad, esta cantidad cualificada se me da en el sentido común, y esta facultad llamada sentido común, ya no es un sentido externo, sino que es un sentido interno.

En otras localizaciones orgánicas del cerebro van a aparecer los actos de los otros sentidos internos, tales como la memoria y los dos más próximos al intelecto como potencia separada, que son la imaginación y la cogitativa o razón particular, y son por eso los que participan de modo más próximo al intelecto.

Santo Tomás dice que cada sentido propio puede distinguir entre objetos sensibles contrarios porque participa algo de la virtud del sentido común “pues el mismo sentido propio, es un término de inmutaciones diversas que se producen por medio de objetos sensibles contrarios. Pero el último juicio y la última discriminación pertenecen al sentido común”⁸.

Cada objeto propio sentido está modulado internamente y de modo esencial por un objeto común en el que se articula. Entre los objetos sensibles comunes Aristóteles enumera: *el movimiento, la quietud, el número, la figura y el tamaño: Se puede añadir el tiempo y la unidad*.

Ya en este punto es donde podemos decir que no sólo tenemos simple sensaciones sino percepciones con las que conectamos en unidad los objetos de diversos sentidos, y esto no podría darse sin el sentido común que es donde se realiza la síntesis sensitiva, y ya se puede hablar de conciencia sensible. Por último el sentido común distingue además los objetos comunes reales de las imágenes fantásticas.

⁸ In *De Anima* III, c 3.

La imaginación conoce lo sensible desde una perspectiva que prescinde de lo presente y lo ausente, pero a través de la mediación de los sentidos externos y del sentido común. Es una facultad interna que tiene el nombre genérico de fantasía, palabra derivada del griego *faos* que significa luz; ella es iluminación o aparición y forma sus objetos haciéndolos aparecer a partir del dato del sentido. Su definición general sería “movimiento causado por el sentido que está en acto, lo cual define al acto de imaginar”. Aristóteles aclara que “la fantasía es cierto movimiento, pues como el que siente es movido por los objetos sensibles, así el que imagina se mueve por ciertas representaciones que se llaman imágenes sensibles. Porque la fantasía no puede producirse sino por el sentido”⁹.

Podemos resumir que el objeto de los sentidos, hablando siempre en el lenguaje de la filosofía de Aristóteles y Santo Tomás, se encuentra siempre dentro de lo singular y lo concreto, Santo Tomás llama también a esto la cantidad y sus determinaciones: unidad, pluralidad, movimiento, quietud, distancia, magnitud, figura, etc.¹⁰. Es decir, lo que yo percibo es un objeto del mundo exterior con sus notas o accidentes individuantes. En la realidad perceptiva del singular concreto las cualidades se dan fundidas en el sujeto o en el objeto que es su soporte ontológico, y solamente por una actividad mental más alta se pueden disociar o distinguir.

En este nivel del conocimiento, que es dato sensible, priman lo individual y lo concreto. Éste es el terreno del conocimiento orgánico que se da en los sentidos externos y en los sentidos internos que operan en el cerebro con el sentido común, la memoria y la reminiscencia en sus variadas formas, la cogitativa o razón particular y la imaginación, éstas dos últimas decisivas en la elaboración del fantasma sobre el que va a actuar el intelecto como potencia inorgánica y que trasciende todo lo corpóreo.

Aristóteles estableció que el hombre piensa gracias a un intelecto posible (*nous*) y ayudado en el acto del conocimiento por una potencia activa que es el intelecto agente (*nous poieticós*).

¿Cómo operan estas dos potencias intelectuales? Cuando los sentidos internos encabezados por la imaginación y la cogitativa producen el fantasma tienen en sí la especie inteligible en potencia y en acto sólo las intenciones sensibles. El intelecto agente es movido por la producción del fantasma de los sentidos internos, y abstrae la especie inteligible del fantasma

⁹ *Ibidem*, c 6.

¹⁰ *In de Div. Nomin.* IV, lect. 8, 385-387.

presentándola al intelecto posible que, hasta entonces, está en potencia de conocer y es actualizado haciéndose una misma cosa con la especie inteligible en acto, que le permite concebir la idea de la cosa conocida y la elaboración del concepto respectivo.

El intelecto posible es como una página en blanco, o con el ejemplo que dio Aristóteles, como una tabula rasa; el intelecto agente en cambio es una potencia activa cuya función es abstraer la especie inteligible del fantasma producto de los sentidos.

El intelecto opera sin órgano, y esto se ve *“porque no sólo sin la materia y sin sus condiciones recibe las especies inteligibles, sino que ya no hay posibilidad de que su operación propia tenga comunicación con un órgano corporal de suerte que una cosa corporal, fuera órgano de la intelección como el ojo lo es de la visión. Así por tener una operación propia sin comunicación con el cuerpo es necesario que el alma intelectiva obre por sí”*¹¹.

En otro artículo de la misma cuestión disputada dice Tomás: *“Es necesario que el intelecto posible esté en potencia de todas las cosas inteligibles por el hombre y que sea receptivo de ellas, y por consiguiente, despojado de éstas. Porque todo lo que es receptivo de ciertas cosas y está en potencia respecto de ellas, en tanto que está en potencia respecto de ellas está privado de ellas; así como la pupila que siendo receptiva de todos los colores, carece de todo color. Mas, al hombre le ha sido dado desde su nacimiento entender la forma de todas las cosas sensibles. Por tanto, es necesario que el intelecto posible esté despojado, en cuanto tal, de todas las formas y naturalezas sensibles; y de este modo, es necesario que no tenga órgano corpóreo alguno. Pues si tuviese algún órgano corpóreo, estaría determinado a una naturaleza sensible”*¹².

Por eso es que el objeto del intelecto posible son los universales, de los cuales se forma la ciencia. Nosotros con el intelecto no conocemos a Pedro sino al hombre en su esencia, a Pedro lo conocemos por reflexión sobre la cogitativa, que siendo un sentido conoce lo singular.

Lo mismo se debe decir del intelecto agente que es inmaterial y separado de todo lo orgánico en su función y en su ser. Así pues, existe un intelecto que es capaz de llegar a ser todas las cosas y otro capaz de hacerlas todas; este último es a manera de una disposición habitual como, por ejemplo, la luz: también la luz hace en cierto modo de los colores en potencia colores

¹¹ Sto. Tomás de Aquino, *Cuestiones disputadas sobre el alma*, EUNSA, Pamplona, 1999, a. 1, p. 10.

¹² *Ibidem* a. 2 p. 22.

en acto. Y tal intelecto es separable, sin mezcla e impasible, siendo como es acto por su propia entidad¹³.

Esta luz del entendimiento agente no es otra cosa que la luz natural de la razón que en definición del Etienne Gilson, es la simple luz del intelecto que pasando entre las cosas se refracta en razones.

1. b. El alma humana es incorruptible

Santo Tomás saca la prueba de la inmortalidad del alma de su misma concepción del *esse* como *actus essendi* del alma. En las *Quaestiones disputatae de anima* desarrolla con admirable lógica su argumento metafísico: “Lo que le compete a algo esencialmente, se sigue de una forma: pues cada cosa tiene el ser según su propia forma. Por tanto, el ser no puede separarse de ningún modo de la forma. Consiguientemente, las cosas compuestas de materia y forma se corrompen porque pierden la forma de la cual les viene el ser. Pero la forma misma no puede corromperse esencialmente (*per se*), sino que puede corromperse accidentalmente (*per accidens*) al corromperse el compuesto, en cuanto que le falta el ser del compuesto que existe por la forma; siempre y cuando la forma no sea serhabiente (*habens esse*), sino aquello por lo que tiene ser el compuesto. Pero si existiese alguna forma que fuese considerada como serhabiente (o subsistente), entonces es necesario que dicha forma sea incorruptible. Pues el ser se separa de lo subsistente sólo por el hecho de que se separa la forma de él. Luego si lo subsistente es la forma misma, es imposible que el ser se separe de ella. Pero es evidente que el principio por el que el hombre entiende no sólo es forma por lo que algo es, sino forma que tiene el ser en sí misma. El alma es un principio subsistente, su ser no depende intrínsecamente del compuesto psicobiológico al que informa: tiene por eso un destino inmortal¹⁴.

Dijimos al comienzo de este artículo que el alma humana tiene su acto de ser propio que se lo comunica al cuerpo, o sea es subsistente, por lo mismo es incorruptible, lo cual es muy importante y decisivo no sólo a nivel natural sino que tiene importancia sobrenatural entre otras cosas para el dogma de la resurrección de los cuerpos en el último día, pues si no subsistiera el alma después de la muerte no se ve cómo podría ser la resurrección. Al no quedar nada después

¹³ Aristóteles, *Acerca del alma*, Libro Tercero, 430a, 10-15.

¹⁴ Sto. Tomás de Aquino, *Cuestiones disputadas sobre el alma*, EUNSA, Pamplona, 1999, a. 14, p. 175.

de la muerte el Señor debería crearnos nuevamente en vez de resucitarnos. Pero esto en última instancia escapa a nuestras capacidades y entra en el misterio.

Conclusión

Frente al materialismo que de algún modo creemos involuntario, que se sigue de la consideración de la mente humana como producto sólo de la función cerebral que se observa en el desarrollo de estos temas por las ciencias médicas en la actualidad, considero imprescindible tener en cuenta estos sucintos aspectos de la naturaleza del hombre y su función más específica que es la vida de la inteligencia. Creo que nos puede aportar interesantes frutos la investigación que se está desarrollando aquí y en el mundo por las neurociencias, pero también considero que el abordar la naturaleza antropológica del tema sirve y proporciona límites que harán más fecunda dicha investigación.

Guillermo Alberto Romero

Es médico (UBA), especialista en Medicina Interna, Cardiología, Medicina Legal y Medicina Laboral. Es magistrando del Magíster de Bioética de la Universidad Católica Argentina. Actualmente se desempeña como cardiólogo de planta en el Hospital Gral. de Agudos E. Tornú, siendo ex-Presidente del Comité de Bioética del mismo Hospital. Es miembro titular y de la Comisión Directiva del Consejo Académico de Ética Biomédica de la Academia Nacional de Medicina, Miembro del Instituto de Bioética de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y miembro de la Comisión Directiva de la Sociedad Tomista Argentina. Es además Docente Autorizado de Bioética y Humanismo Médico de la Carrera de Kinesiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Morón, y ha dictado cursos de Bioética y participado como conferencista en diversos eventos ligados a la filosofía y a la ética biomédica, y como expositor en el Jubileo para Profesores Católicos Universitarios en el 2000 y las Semanas Tomistas Argentinas desde 1996 hasta la fecha. Ha publicado artículos y es coautor del libro del Cincuentenario de la S. Tomista Argentina y del Libro de Homenaje a Mons. Octavio Derisi de la S. Tomista Argentina.

Dirección electrónica: guillermoromero@fibertel.com.ar